

LUIS DE ZULUETA, ADALID DE LA TERCERA ESPAÑA

FERNANDO MILLAN ROMERAL, O. CARM.

LUIS DE ZULUETA, *Artículos (1904-1964)* (introducción y notas de Carmen de Zulueta), Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante 1996, 323 pp., ISBN 84-7784-217-5.

Luis de Zulueta, pese a ser poco conocido en muchos ambientes intelectuales de nuestros días, es una de las figuras más interesantes del pensamiento y de la política española de la primera mitad de nuestro siglo. Quizá, el hecho de ser un personaje poliédrico (profesor universitario, parlamentario embajador, ministro en uno de los gobiernos de Azaña, ensayista, pedagogo, exiliado...) ha podido provocar una cierta dispersión a la hora de estudiar su figura. Por ello, es muy de agradecer esta recopilación de artículos que nos ofrece el Instituto de Cultura Juan Gil-Albert de Alicante y que ha llevado a cabo Carmen de Zulueta, su hija, que ya hace unos años sacaba a la luz el interesantísimo epistolario de su padre con Unamuno¹.

Como el título indica, la recopilación abarca un amplísimo período de tiempo, en el que se suceden cambios muy profundos en la situación, no sólo española, sino mundial. Por ello, recomendaríamos que siempre se tenga muy en cuenta la fecha de cada artículo antes de ser leído. Ello ayudará a contextualizarlo y además dará ciertas pistas acerca de la evolución del pensamiento del autor, pensamiento y evolución que, por cuanto nosotros sabemos, está todavía sin estudiar en toda su amplitud y en toda su profundidad. Más aún, Zulueta es todavía hoy un autor difícil de catalogar «generacionalmente» (si es que ello es necesario o incluso conveniente). Para algunos (como A. Jiménez-Landi²), pertenece de derecho a la «generación del 98»,

¹ MIGUEL DE UNAMUNO-LUIS DE ZULUETA, *Cartas (1903-1933)*, edición y notas de Carmen de Zulueta, Madrid 1972.

² A. JIMÉNEZ LANDI, «Luis de Zulueta y Escolano (Barcelona, 1978-Nueva York, 1964)», en: MIGUEL DE UNAMUNO-LUIS DE ZULUETA, *Cartas (1903-1933)*, 356.

mientras que para otros (su hija Carmen³ o F. Pérez Gutiérrez⁴) habría que ubicarlo en la denominada «generación del 14». Hay quien prefiere incluirlo en una generación de «diputados intelectuales», que alcanzará su apogeo en la II República⁵. Por último, tomando como referente su filiación institucionista, puede ser incluido entre los de la «segunda generación» (nacidos entre 1870 y 1880), a los que Giner de los Ríos llama *sus hijos*⁶.

Los artículos seleccionados recorren prácticamente toda la vida de Luis de Zulueta, una vida que fue intensa y, en cierto sentido, azarosa. Su familia, de origen vasco, había emigrado a Cuba y su padre había regresado a España, pasando a residir en Barcelona donde contrajo matrimonio. Luis de Zulueta nace en Barcelona en 1878, segundo hijo de una familia profunda y, quizá, excesivamente religiosa. Educado con los jesuitas, rompe bastante joven con el ambiente religioso que le rodea y comienza a relacionarse con otro tipo de ambientes literarios e intelectuales. Con un grupo de amigos forma una especie de «tertulia literaria» que participa con entusiasmo de la efervescencia cultural de la Barcelona de fin de siglo. Uno de sus primeros artículos, *La prudencia de León XIII*, provoca una carta de Unamuno desde Salamanca y marca el comienzo del interesantísimo epistolario entre ambos, al que hemos hecho referencia. Unamuno le anima a llevar a cabo su idea de viajar por Europa y le aconseja adentrarse en *las últimas derivaciones del protestantismo*⁷, lo cual influirá notablemente en su pensamiento religioso. Zulueta realizó su viaje de 1903 a 1905: Ginebra, París, Bruselas y Berlín, donde asistió a dos cursos sobre el cristianismo primitivo (en pleno auge de la «escuela liberal» de Harnack) y la literatura de Israel.

Otra vez en España, Zulueta se lanza con igual pasión a la actividad política, a una amplia y generosa labor pedagógica y al trabajo periodístico (en el sentido más amplio de la palabra). Tras un fallido intento en el *lerrouxismo*, en 1905 se traslada a Madrid. Mientras termina sus estudios en Salamanca y Madrid, participa en diversas actividades pedagógicas, principalmente en las Colonias escolares organizadas por los antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, donde conocería a Amparo Cebrián, que acabaría siendo su mujer. En 1912 (ya siendo diputado por la Conjunción Republicano Socialista) se une al proyecto reformista de Melquiades Álvarez y de Gumersindo de Azcárate, que acabará consolidándose como Partido Reformista, desde el que Zulueta desarrollará su actividad política durante muchos años. Mientras tanto, nuestro autor sigue colaborando regularmente con diversos artículos en periódicos como *La Libertad*, *La Publicidad*, *El Sol* (muchos de los cuales se hayan recogidos en la obra que recensamos).

El 14 de abril de 1931 se instaura pacíficamente la República. El gobierno piensa en Zulueta como el hombre idóneo para desempeñar la función de Embajador ante el recién nacido Estado Vaticano, pero la Santa Sede le niega el *placet*, probablemente a instancias de ciertos sectores de la jerarquía española. En diciembre del

³ Lo califica como «un hombre típico de su generación, la de 1914, del grupo de intelectuales que entra hacia esa fecha en la vida política, científica y literaria de España, independientemente de la generación del 1898, y cuya figura más destacada es Ortega» (p. 11).

⁴ F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *Renan en España. Religión, ética y política*, Madrid 1988, 283.

⁵ M.^ª DOLORES GÓMEZ MOLLEDA, «Inteligencia, poder y secularización en la España contemporánea», en AA.VV.: *Librepensamiento y secularización en la Europa contemporánea* (PEDRO ALVAREZ LÁZARO, ed.), Madrid 1996, 317-318.

⁶ Así lo hace M.^ª DOLORES GÓMEZ MOLLEDA, *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid 1966. Citado por J. L. ABELLÁN, «La crisis contemporánea (1875-1936)», en: *Historia crítica del pensamiento español*, VII, Madrid 1988, 177-178.

⁷ MIGUEL DE UNAMUNO-LUIS DE ZULUETA, *Cartas (1903-1933)*, 24.

mismo año fue nombrado por Azaña Ministro de Estado, el equivalente a nuestro Ministro de Asuntos Exteriores. Permanecería en el cargo hasta junio de 1933, tras una de las sucesivas crisis de gobierno. Fue nombrado Embajador en el Berlín nacional-socialista, aunque sólo desempeñó el cargo durante tres meses, ya que el 8 de septiembre cayó el gobierno y se convocaron elecciones.

Zulueta se retira parcialmente de la política, al menos de la política oficial, pero antes se afilia al partido de Azaña, la *Acción Republicana*, al que no perteneció mientras éste estuvo en el poder⁸. Ocupa de nuevo su cátedra de pedagogía en Madrid. Pero tras la victoria en febrero de 1936 del *Frente Popular*, Zulueta es de nuevo propuesto como embajador en el Vaticano. Paradójicamente, recibe el *placet* con rapidez. En junio toma posesión del cargo, pero pocos meses más tarde, tras el alzamiento del 18 de julio, tiene que abandonar la embajada⁹ y dirigirse a París. Desde allí, y probablemente no sintiéndose identificado con ninguno de los dos bandos de la contienda fratricida, viaja a Colombia donde vivirá varios años. Tras cortas estancias en Ginebra, se traslada definitivamente a Nueva York, donde moriría en agosto de 1964. Terminaba así una vida en la que se resume gran parte de la historia de España de la primera mitad de este siglo que se nos va, vida que, como ha señalado muy acertadamente F. Pérez Gutiérrez, «*aguarda aún su biografía y la atención cuidadosa de quien ponga manos a la empresa de reunir su obra literaria*»¹⁰.

A lo largo de la recopilación de artículos que presentamos son muchos los temas y centros de interés que requerirían un mínimo comentario, pero esto nos llevaría muy lejos, por lo que nos limitaremos a destacar los cuatro temas que consideramos más relevantes a nuestro juicio (siempre subjetivo).

En primer lugar, el tema de la política exterior española a la que Zulueta estuvo muy ligado en diversas ocasiones (como Embajador y como Ministro de Estado). Dos notas a destacar en este sentido son su europeísmo —ya en 1914 habla (siguiendo a Herbart) de *patriotismo europeo* y de *patrimonio común*—, y su insistencia en la necesidad de un organismo internacional que vele por la paz y la justicia y que intervenga realmente en las relaciones internacionales. Por ello, en diversas ocasiones reprocha a la *Sociedad de Naciones* sus silencios ante flagrantes violaciones del Derecho Internacional y su poco compromiso real con la paz y el desarme. Por ello, también, se ilusiona Zulueta, ya anciano, ante algunas decisiones de la ONU, como la condena del *apartheid* en Sudáfrica.

En segundo lugar, habría que destacar el tema de la historia política de España (o incluso de la historia de las ideas políticas), sobre todo del primer tercio de nuestro siglo. En este sentido, Zulueta se mueve entre el regeneracionismo (con una verdadera veneración por Joaquín Costa), la izquierda (como postura genérica de progreso y de libertad) y un liberalismo moderado consistente en la defensa de las libertades amenazadas (principalmente durante los años de la dictadura de Primo de Rivera). No obstante, dos matizaciones son imprescindibles en este sentido. Por una parte, Zulueta se mantuvo siempre contrario al marxismo-leninismo en su versión soviética, ya desde los primeros años de existencia de este régimen, cuando todavía captaba muchas simpatías entre intelectuales europeos «de izquierdas». Sus críticas a la política soviética (que condena al socialismo moderado y pacta al mismo tiem-

⁸ No deja de resultar patética la fiel y noble admiración de Zulueta por Azaña (pp. 150-152, 295-299), teniendo en cuenta la actitud fría y despectiva de éste hacia aquél, al que llega a denominar «*hombre mustio y tímido*». Cf. M. AZAÑA, *Diarios 1932-1933*, Barcelona 1997, 259.

⁹ Al respecto, cf. P. SAINZ RODRÍGUEZ, *Testimonios y recuerdos*, Barcelona 1978, 232-240.

¹⁰ F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *Reman en España*, 283.

po con la «*burguesía capitalista de las grandes naciones*») son a veces bastante duras (pp. 45-47, 48-51, 114, 129, etc.) y llega a compararla con la política fascista italiana (p. 129). Más aún, Zulueta se deslinda expresamente del marxismo. Así, tras el triunfo socialista en Madrid en las elecciones de abril de 1923, Zulueta afirma: «*A mi no me inquieta, antes bien me regocija, el triunfo electoral de los socialistas en Madrid. No lo comparto a título de marxista. Lo celebro cordialmente como liberal.*» Ello, quizá, explica la postura de distanciamiento que mantuvo nuestro personaje en relación a los gobiernos radicalizados de la República ya en el período de la Guerra Civil. La segunda matización hace referencia a la alta concepción que Zulueta tiene de la «tradicición» (con toda la carga de sentido que esta palabra tuvo en algunos debates políticos de nuestro siglo). En este sentido, Zulueta clama por la verdadera y honda tradición española, con la que no quiere romper, sino incorporar al progreso social y político.

Apasionante resulta también su tratamiento del «problema catalán». En nuestra opinión su postura viene marcada por tres parámetros: un amor hondo por Cataluña, su condición de catalán (pero de familia no catalana) y su «distanciamiento» (o, quizá, mejor, perspectiva) de lo catalán en sus años de vida en Madrid. Zulueta reivindica el reconocimiento sincero de la realidad y de la identidad catalana (lo que hoy llamaríamos el «hecho diferencial»), la autonomía política y la «descentralización» administrativa. En todo ello no ve daño alguno para la idea de España, sino, más bien al contrario, la garantía para una concepción más plural, más rica, más abarcante de lo español, porque «*las Españas son más anchas que las Castillas*». En este sentido, resulta muy hermoso el artículo titulado *Soliloquios de un español* (pp. 187-190), en el que nuestro autor imagina la postura de un español sensato que ve con simpatía todo lo que pide un programa nacionalista, incluso de máximos, pero al que duele, no lo que se dice en ese programa, sino más bien lo que se omite, más bien la falta de ilusión por un proyecto común. Quizá, algunas de estas claves (en las que no nos podemos detener) sirvan todavía para nuestra reflexión hodierna, incluso en una España evidentemente muy distinta a la de Zulueta, pero probablemente no muy lejana a la que él soñaba.

Por último, y probablemente es ésta la cuestión fundamental del pensamiento de Zulueta, hay que destacar el tema religioso, que en palabras de su hija Carmen en la introducción, «*está muy vivo en Zulueta*». Ya conocemos el *background* del tema: familia profundamente religiosa (dos hermanas monjas, cierto fanatismo...), educación jesuítica y estudios en Alemania y Francia en ambientes de la teología liberal o próximos al modernismo, a lo que habría que añadir (con sus luces y sus sombras, bastante acentuadas) la situación del catolicismo español anterior a la Guerra Civil. Una mezcla explosiva.

Es difícil resumir de forma sintética el pensamiento de Zulueta sobre el tema religioso. En ciertos momentos puede parecer presa de un cierto anticlericalismo que hoy se nos antoja muy trasnochado, pero que probablemente no lo fuera tanto en aquel contexto. Pero, más bien, la postura de Zulueta va por otro camino: es una crítica constante y reiterativa (inexplicable sin un cierto aprecio por lo criticado) al catolicismo español por su intolerancia, por su despreocupación por las clases más desfavorecidas, por su atraso cultural endémico, por su falta de auténtico espíritu evangélico, por su intromisión excesiva en los asuntos políticos lo que le lleva en muchos casos a ser utilizado por aquellas fuerzas sociales más reaccionarias y, en definitiva, menos «religiosas». Frente a ello, Zulueta añora una Iglesia que suspire «*al lado de los hambrientos, los perseguidos, los inquietos, los soñadores de nuevas auroras, los constructores febriles de un mundo más bello para el porvenir*» (p. 232), una Iglesia que se limite (y no faltan aquí ciertos resabios decimonónicos) «*a la intimidad a*

las almas, al sagrario de la conciencia» (p. 147). En el fondo, Zulueta admira y cree profundamente (*sub contrario*, si se quiere) en el potencial de transformación que encierra la fe cristiana. Casi nos atreveríamos a decir que intuye la fuerza de la semilla del reino, la «*interna virtualidad de la fe cristiana*» (p. 109).

A veces Zulueta identifica estas dos concepciones de lo religioso con ciertos personajes del momento. Así, resultan muy curiosas sus comparaciones entre obispos españoles, hechas al hilo de ciertos acontecimientos de la vida pública de la época: el cardenal Casañas frente a Torras y Bages en Cataluña, el obispo Melo frente a Eijo y Garay en Madrid, etc. Los historiadores del episcopado español de nuestro siglo encontrarán aquí comentarios muy sugerentes.

El tema religioso en Zulueta adquiere una importancia aún mayor si tenemos en cuenta el *affaire* de la negativa de la Santa Sede en 1931 a admitir a Zulueta como embajador de la República Española. Recién instaurada la República, Zulueta fue propuesto para este cargo. El 6 de mayo don Justo Gómez Ocerín, Encargado de Negocios de la Embajada, solicita el *placet* de la Secretaría de Estado Vaticana, pero el 19 del mismo mes llega la respuesta negativa basada en «*sus ideas modernistas y de librepensador*»¹¹. No sentó bien la negativa al Gobierno español. De hecho, Azaña nombrará poco después a Zulueta «Ministro de Estado». Más aún, el Gobierno español solicitó al Encargado de Negocios de la Embajada una información acerca de las creencias de los demás embajadores para valorar mejor la decisión tomada con Zulueta. Se podría pensar que no fue ésta la única razón para denegar el *placet*. De hecho, estaban muy recientes los tristes acontecimientos de la quema de iglesias y conventos, principalmente en Madrid, y aquella negativa pudo tener el carácter de aviso y reproche al Gobierno de la República al respecto. En cualquier caso, parece ser que el mismo Zulueta se sintió algo dolido con la decisión vaticana¹². No deja de resultar paradójico que cinco años más tarde, la Santa Sede acepte rápidamente a Zulueta como Embajador, ya en la época del Frente Popular (abril de 1936).

Por todo ello, son muy interesantes las referencias que, a lo largo de sus artículos presentados en esta recopilación, hace Zulueta al Pontífice que le negó el *placet*. Dejando al margen algunas referencias irónicas de una primera época, dirigidas más a los sectores de la política española que lo veneraban como Papa, que al Papa mismo (pp. 101, 148), sorprende —y es más que significativo del talante de Zulueta— que no haya ningún tipo de crítica personal, de acritud hacia aquel Pontífice. Más aún, haciendo referencia al nombramiento de Pío XII en 1939, señala Zulueta que éste seguirá la política de su antecesor, «*política de respeto a la persona humana, de convivencia civil y de libertad espiritual, ante la herejía del Estado totalitario*». La referencia adquiere más relieve si cabe, si tenemos en cuenta que se incluye en un artículo publicado en Colombia, en marzo de 1939, en pleno final de la Guerra Civil, por un «exiliado» que, al menos en teoría, estaba más próximo a las posturas del régimen que estaba a punto de sucumbir que de aquél que se iba a consolidar a través de un alzamiento militar y que recibía el apoyo (no tan claro ni tan evidente como a veces se ha dicho) de la Santa Sede. Quizá, por ello, el lector de esta recopilación se sienta tentado al final de su lectura a plantearse alguna pregunta de «historia ficción» acerca de qué hubiese ocurrido si Zulueta hubiese sido el Embajador de la República Española ante la Santa Sede desde los primeros tiempos del período repu-

¹¹ Una transcripción de los telegramas entre el Ministerio de Estado español y Gómez Ocerín, sobre la denegación del *placet* a Zulueta puede encontrarse en: C. GARCÍA PROUS, *Relaciones Iglesia-Estado en la Segunda República Española II*, Tesis Doctoral Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Complutense, Madrid 1989.

¹² Puede verse, al respecto, la versión que da Azaña en sus diarios de una conversación mantenida con Zulueta sobre el tema: M. AZAÑA, *Diarios (1932-1933)*, 290-292.

blicano, durante todos estos años difíciles. Carmen Zulueta apunta también a esta cuestión cuando afirma que «*su actuación en el Vaticano se dirigió hacia una política de comprensión, pero sin concesiones, que hubiera llevado a una pacífica separación de la Iglesia y del Estado; la Guerra Civil puso fin a esos deseos de armonía y de paz*» (p. 26). Sin duda, el tema merece un estudio más detallado.

Aparte de estos cuatro aspectos que hemos puesto de relieve, hay otros muchos temas que resultan de gran interés y que, sin duda, captarán la atención de expertos de diversas materias. Entre ellos, cabría destacar el tema de la «hispanidad», por el que Zulueta siente un aprecio especial (acrecentado tras muchos años de vida en Colombia) y el tema pedagógico (una verdadera pasión de Zulueta), y al que nosotros no hemos hecho referencia¹³. Como todos los miembros de la Institución Libre de Enseñanza, Zulueta cree firmemente en el poder de la educación, única posibilidad de salvación para España. Reacciona con virulencia contra la educación religiosa (que personifica en los jesuitas) y defiende con una pasión que a veces puede parecer ingenua el proyecto pedagógico de la Institución. No conviene menospreciar esta dimensión de la personalidad de nuestro personaje. Solamente como anécdota, valga el comentario de Salvador de Madariaga: «*Zulueta fue de lo mejor que salió de la "Institución" por antonomasia, uno de los pocos, por cierto, que no llevaba la barba de uniforme.*»¹⁴

Para terminar esta ya larga nota, es necesario hacer referencia al talante de don Luis de Zulueta. Hoy que tanto se habla de la *tercera España* que sucumbió en la barbarie de las otras dos, la figura de Zulueta se nos muestra como un lúcido representante de ese grupo al que —utilizando la hermosa terminología de J. M. García Escudero— podríamos calificar como «*españoles de la conciliación*». En este sentido, son muy sugerentes los pocos artículos presentados en esta recopilación de la última etapa de la vida de Zulueta. En ellos, no se atisba siquiera el rencor, la intransigencia, el resentimiento hacia una España que tan mal se portó con sus mejores hijos. Zulueta mantiene intactas al final de su vida la nobleza de ánimo y la capacidad de ilusionarse ante las nuevas situaciones que van surgiendo. Por ello, no teme hablar con admiración no contenida de los derrotados que va tomando el Concilio Vaticano II, principalmente en relación al tema de los judíos¹⁵, o de ciertas decisiones de la ONU frente al racismo. La vida, la personalidad y el pensamiento de Zulueta merecen un estudio detallado, que está por hacer. Quizá, debería salir de las filas de la Iglesia Católica a la que, según su testamento, perteneció y cuya fe profesó. Esta recopilación, por la que felicitamos cordialmente a Carmen Zulueta y al Instituto de Cultura Juan Gil-Albert de Alicante, puede ser un estupendo instrumento para ello.

¹³ Al respecto pueden consultarse, entre otros: J. L. ABELLAN, *La crisis contemporánea (1875-1936)*, 164-178, 190-194, 243-245; A. JIMÉNEZ LANDI, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid 1973, 80-86, 160-161; C. DE ZULUETA, *Misioneras, feministas, educadoras. Historia del Instituto Internacional*, Madrid 1984, 174-176, 189-209.

¹⁴ S. DE MADARIAGA, *Memorias (1921-1936)*, Madrid 1977, 317.

¹⁵ Conviene recordar que la Alianza Israelita Universal agradeció a Zulueta, siendo éste Ministro de Estado, sus intervenciones en favor de los judíos de la Alta Silesia, Cf., al respecto: A. MARQUINA-G. I. OSPINA, *España y los judíos en el siglo xx*, Madrid 1987, 110-111.